



Sushi  
para  
dos

**OLGA  
SALAR**



Sushi  
para  
dos

**OLGA  
SALAR**

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.  
www.conlicencia.com - Tels.: 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Editado por Harlequin Ibérica.  
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.  
Núñez de Balboa, 56  
28001 Madrid

© 2019 Olga Salar  
© 2019 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.  
Sushi para dos, n.º 245 - agosto 2019

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial.  
Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.  
Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin, HQÑ y logotipo Harlequin son marcas registradas propiedad de Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia.

Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imagen de cubierta utilizada con permiso de Dreamstime.com.

I.S.B.N.: 978-84-1328-463-7

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

# Índice

[Créditos](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Epílogo](#)

[Receta de Sushi para dos \(estilo Maxwell\)](#)

[Si te ha gustado este libro...](#)

*A mi madre, que, por suerte, me enseñó a  
cocinar.*

## Prólogo

Leticia Guerrero enfrentaba la situación con la cabeza alta y haciendo acopio de todo su orgullo. Gracias a él había salido airosa de situaciones mucho más peliagudas, por lo que no tenía intención de agachar la cabeza ante nada ni ante nadie, y mucho menos por lo que le estaban reclamando.

—No puedo creer que no seas capaz de hacer una tortilla de patatas comestible —apuntó Hugo con aspavientos—. El huevo está crudo, la cebolla quemada y la patata, dura. —Se llevó las manos a las sienes con intención de darle un efecto dramático a la situación—. Ya no puedo más... Esto no funciona.

Leticia le vio destrozar el poco compacto pedazo de tortilla que tenía en el plato al tiempo que esbozaba un gesto de absoluta repugnancia.

—No seas tan tremendista. ¡Joder, Hugo, tampoco es para tanto! —se defendió ella—. Gano lo suficiente como para contratar a un chef para que nos haga la comida todos los días. ¿Por qué tienes que darle tanta importancia a cosas que no la tienen?

—¿Ya estás de nuevo jactándote de que ganas más dinero que yo? —atacó Hugo, sabiendo que ella le había servido la victoria en bandeja.

El tema económico era uno de los conflictos con los que chocaba su relación. Mientras que Leticia era arquitecto y, además, una de las más reconocidas del país, Hugo era un abogado reciclado en trabajador de banca. El ático en el que vivían pertenecía a Leticia, quien, además, era la que pagaba la mayor parte de las facturas.

Cuando comenzaron a vivir juntos, un año atrás, Hugo no había tenido problemas en aceptar que su novia fuera más exitosa que él; no obstante, con el desgaste de la convivencia, el tema económico, junto con el gastronómico, había sido el detonante de la mayoría de las discusiones.

—Yo no he dicho eso. Lo único que digo es que cocine mejor o peor no es tan importante.

—No era importante cuando empezamos. Al principio me hacía gracia que fueras capaz de construir un rascacielos y que fueras una inepta para preparar una tortilla francesa, pero después de un año comiendo esto que tú llamas comida ya no puedo más. Tu falta de destreza ha dejado de tener encanto. —Y añadió señalando al perro—: Ni siquiera Frodo es capaz de comérselo.

Leticia le lanzó una mirada repleta de resquemor al pobre Shih Tzu por traidor antes de tratar de arreglar las cosas con su novio. No era la primera vez que Hugo se quejaba por el menú, aunque sí que era la primera vez que el asunto se extendía durante tanto tiempo. Normalmente, se quejaba unos segundos para terminar proponiendo que salieran a cenar.

—Hugo, no exageres.

—No exagero, Leticia, y lo sabes.

—¡Venga! Vamos a cenar fuera —propuso tratando de contentarlo.

Él negó con la cabeza.

—Lo siento, pero no tengo intención de seguir así por más tiempo. Me rindo contigo —sentenció levantándose de la mesa y saliendo disparado hacia el dormitorio.

Ella se quedó tan sorprendida por la exagerada reacción que no hizo nada más que quedarse mirando la puerta cerrada mientras trataba de comprender qué era lo que había sucedido.

Dos minutos después, Hugo salía del dormitorio con una maleta y una bolsa de deporte colgando del hombro.

Leticia parpadeó sorprendida por la rapidez con la que había guardado sus cosas. ¿Cómo era posible que hubiera hecho la maleta con tanta velocidad? Hugo era de los que se plantaban quince minutos frente a la puerta abierta del armario sin decidir qué ponerse.

La respuesta le llegó con la misma rapidez con la que, a todas luces, su relación había terminado.

—La tortilla era una excusa —se dio cuenta—. Planeabas dejarme y te ha venido de maravilla que no se me dé bien la cocina.

—Decir que no se te da bien la cocina es ser muy sutil, Leti —atacó Hugo—. Eres un desastre con cualquier cosa que necesite fuego.

—¡Hugo!

—Es cierto, y si quieres que te dé un consejo...

—No necesito tus consejos —marcó el “tus” con exageración.

—Aun así, aprende a cocinar o te vas a quedar para vestir santos —dijo al tiempo que abría la puerta y salía dando un portazo.

# Capítulo 1

Leticia estaba en la cocina de la pastelería de su prima Rebeca mirando con ansia los pasteles que esta preparaba. Después de contarle lo que había sucedido con su exnovio, necesitaba una buena dosis de azúcar. No obstante, la morena no parecía dispuesta a proporcionársela, sino que le estaba hablando de no sé qué curso de cocina al que pretendía que ella asistiera.

—Es un restaurante fusión, pero la mayoría de los postres que sirven se los suministroo yo.

Leticia la miró interesada.

—¿Y qué fusionan?

Rebeca negó con la cabeza, alucinada con que su prima, toda una arquitecta de éxito, estuviera tan poco puesta en cuestiones culinarias.

—Comida mediterránea y asiática. Ya te he dicho que el chef principal es de madre japonesa y padre brasileño.

—¿Qué exótico!

—¡Lo es! Es guapísimo.

—¡Vaya, Rebe! Yo hablaba de la comida. —Sonrió con picardía—. ¿Guapísimo? ¿Has dicho guapísimo?

Su prima la miró con mala cara.

—¿Qué pasa, que porque me gustan las mujeres no tengo ojos en la cara?

Leticia obvió la pregunta.

—¿Cuánto hace que te conozco?

—No sé —respondió Rebeca mientras amasaba con más fuerza—, ¿cuántos años tienes?

—Treinta y dos —contestó Leticia con una mueca.

—Yo tengo treinta y tres, así que... —hizo un gesto con las manos como si estuviera contando con los dedos—, si mis cálculos no son erróneos, me

conoces desde hace treinta y dos años.

—¡Muy graciosa! Lo que quería decir es que en estos largos años creo que te he oído decir que un tipo es guapísimo... ¿cuántas veces? ¿Una?

—Estoy ampliando vocabulario. ¿Es eso malo? ¿Prefieres que diga que está bien?

Leticia sonrió abiertamente.

—Eso es literalmente lo que dices siempre cuando te hablo de algún hombre.

Rebeca la fulminó con la mirada.

—¿Por qué te soporto?

La aludida se encogió de hombros.

—Porque somos familia y porque soy tu prima favorita.

—¿Y eso quién lo dice?

—Tu prima favorita.

Rebeca no replicó con palabras; se limitó a levantar la nariz y a dejarla allí plantada mientras iba a la nevera y sacaba un recipiente enorme lleno de nata montada. La mejor venganza que podía llevar a cabo contra Leticia era paseársela por la nariz y negarse a dejar que la probara.

—¡Eres maligna! —se quejó esta, conociendo lo suficiente a su prima como para saber cuáles eran sus intenciones.

—No sé de qué me hablas.

—¡Seguro! ¿Dónde está María? Ella me daría nata si estuviera aquí.

Rebeca se encogió de hombros.

—Pero no está. —Sonrió y metió una cuchara en la nata para rellenar la manga pastelera.

Leticia se hizo la fuerte, aunque el aroma invadió sus fosas nasales y le hizo la boca agua. Aunque el dulce no le llamaba mucho la atención, la nata montada era la excepción a esa regla.

—Si me apunto a ese curso será como si aceptara el consejo de Hugo —apuntó sin perderse los movimientos de la manga pastelera.

Contra todo pronóstico, el abandono de Hugo no la había dejado destrozada. Quizás un poco tocada sí, pero el dolor por la traición había conseguido que el amor se esfumara con más rapidez. Después de un año de pareja ni siquiera había tenido la decencia de decirle que ya no quería seguir con ella, sino que había utilizado su criptonita, la cocina, para excusar su cobardía.

Rebeca no respondió.

Cuando le habló sobre el curso a su prima no fue porque quisiera que aprendiera a defenderse en la cocina, sino más bien porque estaba convencida de que Maxwell y Leticia harían una pareja perfecta. Después de todo, Maxwell podía encargarse de la cocina librándose de la posibilidad de sufrir algún tipo de intoxicación alimenticia como le había pasado a Hugo, unos meses atrás.

—No lo harías por Hugo, sino por ti misma. El saber no ocupa lugar.

Leticia sonrió ampliamente al escuchar la frase.

—Eso lo decía siempre el abuelo.

—Y tenía razón.

—Aun así, Hugo seguro que piensa que lo hago por él.

—¿Y por qué iba a pensarlo? ¿Has vuelto a verlo? ¿Te ha llamado siquiera para saber cómo estás?

—No y no quiero que lo haga.

—Que te haya dejado es lo mejor que te ha podido pasar —sentenció Rebeca.

—Creía que te gustaba.

—Me gustas tú, por eso lo toleraba, pero siempre me ha parecido el típico empleado de banca.

—¿Qué quieres decir?

—Que iba por el mundo como si el banco fuera suyo.

No siguieron con la conversación porque se escucharon las campanitas que anunciaban que había entrado un cliente. Normalmente María, la mujer de Rebeca, era la que atendía mientras que ella estaba en la cocina preparando los pasteles, pero esa mañana se había marchado al banco, lo que obligó a la repostera a abandonar la cocina y salir a atender.

Leticia la escuchó reírse y hablar con alguien, pero estaba demasiado entretenida hundiendo la cuchara en la nata, que su prima había dejado sin vigilancia, como para preocuparse por quien fuera que estaba haciendo reír a Rebeca.

Maldijo entre dientes cuando su prima la llamó y, tras meterse en la boca otra cucharadita, salió a la tienda y se quedó de piedra cuando vio con quién estaba.

Un maromo de unos treinta y pocos, piel bronceada, ojos rasgados y brillantes de un dulce color miel. El cabello rizado y largo sin exageración,

más bien como si se hubiera saltado dos cortes de pelo, pero lo mejor era su cuerpo... alto, de hombros anchos y brazos fuertes.

Escuchó a Rebeca decir algo, pero sus neuronas estaban demasiado entretenidas con lo que tenían delante como para ser capaces de asimilar también una conversación.

—Maxwell, esta es mi prima Leticia.

El tal Maxwell se acercó a ella desde el otro lado de la barra y alzó una mano grande y firme hasta su rostro. Leticia sintió inmediatamente un aroma a especias que emanaba de la piel masculina. Estaba tan aturdida que no se apartó ni siquiera cuando él le pasó el dedo por la comisura de los labios quitándole los restos delatores de su pecado, para acto seguido llevárselo a la boca.

—Nata —murmuró con la voz ronca y sensual que se esperaba de un tipo como ese.

Leticia sintió que se derretía. Acababa de ser la protagonista del momento más sensual que era capaz de recordar en ese instante, aunque, claro, su cerebro había decidido declararse en huelga, lo que no ayudaba a la tarea.

El momento de magia se fue a pique cuando Rebeca la fulminó con la mirada. La había pillado, lo que significaba que iba a tener que soportar un sermón sobre higiene y sanidad.

—Encantado, Leticia —saludó Maxwell y ella se olvidó de todo lo que no fuera la mano tendida por encima del mostrador que los separaba.

Se la estrechó notando la calidez que emanaba de él.

—Maxwell es el chef del que te he hablado.

—¡Oh!

¿Qué otra cosa iba a decir dadas las circunstancias? Se excusó mentalmente. Suficiente que sus neuronas hubieran sido capaces de procesar esa triste exclamación.

Él volvió a retomar la conversación con Rebeca, que tomaba nota de lo que Maxwell le estaba encargando para el restaurante.

—Un placer conocerte, Leticia, nos vemos el jueves —se despidió.

Ella asintió un poco confundida. ¿Acaso creía que también trabajaba en la pastelería? Si no, ¿por qué esperaba verla el jueves? Que vamos, no tenía problema alguno en verlo. Si tenía que volver a la pastelería el jueves, volvía. Por ella no iba a quedar.

Confundida, se giró hacia Rebeca, que la miraba como si pretendiera leerle

la mente.

—¿Por qué vamos a vernos el jueves?

La repostera se encogió de hombros.

—Porque te he matriculado en el curso de cocina asiática que empieza este jueves.

—¿Cocina asiática? ¿No había algo más raro?

—La cocina asiática no es rara. Además, es lo mejor para alguien como tú.

—¿Qué quieres decir con alguien como yo? —preguntó con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Alguien negado en la cocina —dijo sin tratar de dulcificarlo.

—¿Y eso por qué?

—Porque casi todo se sirve crudo —zanjó Rebeca encaminándose hacia la cocina.

—¿Va a dar él el curso? —preguntó Leticia mientras la seguía.

—¡Pues claro! Su socio y él.

La arquitecta palmeó encantada.

—¿Sabes una cosa, Rebe?

—No.

—Ya sabía yo que eras mi prima favorita por algo.

## Capítulo 2

Maxwell estaba impresionante vistiera del color que vistiera, decidió Leticia mientras trataba de disimular que se lo estaba comiendo con los ojos.

El martes, cuando había coincidido con él en la pastelería de su prima, iba vestido de negro y a su cerebro le había costado hilar una frase con sentido. Esa tarde, el primer día del curso de cocina que él impartía, iba de blanco immaculado y Leticia no podía evitar compararlo con nata cremosa y dulce. Su mente libidinosa había ido más allá y no dejaba de pensar en montones de nata montada cubriendo lugares estratégicos de la espléndida anatomía de Maxwell.

—Leti —la llamó María, la mujer de su prima Rebeca, quien también se había apuntado al curso. No porque lo necesitara sino por pura solidaridad con ella.

La pequeña rubia estaba al tanto de los motivos por los que Rebeca había apuntado al curso a su prima y, aunque le gustaba la idea de que Leticia encontrara a alguien tan encantador con Max, el ser cómplice de semejante encerrona la hacía sentir culpable.

—¿Sí?

—¿Estás bien?

—No, estoy segregando más saliva de la que puedo tragar —espetó Leticia muy seria.

Ante semejante respuesta, María no pudo evitar soltar una carcajada que atrajo la atención de los seis alumnos restantes, del apuesto profesor y del segundo chef.

—Chicas, ¿va todo bien? —preguntó Maxwell. Aunque la que se había reído era María, fue a Leticia a quien interrogó con la mirada.

La aludida asintió con la cabeza y sonrió internamente. Parecía haberle

caído bien a Max, porque estaba siendo muy atento con ella.

—Por favor, recógete el pelo —pidió este muy serio.

Leticia se miró las muñecas buscando una goma del pelo con la que sujetar su rebelde cabello, que no tenía ni liso ni rizado, lo que lo convertía en indomable. De un bonito color miel, cuando llovía podía pasar perfectamente por un león en medio de una lucha a muerte por ser el jefe de la manada.

Al no encontrar nada con que atárselo, comenzó a sentir un sudor frío en la nuca. Incómoda, se acercó hasta las perchas en que había colgado su bolso y hurgó en él buscando cualquier cosa que la sacara del apuro, consciente de que Maxwell no le quitaba la vista de encima.

La suerte o lo desastre que era hizo que encontrara dos lápices sin punta en el bolso, de modo que los utilizó para hacerse un moño.

El profesor, que había estado pendiente de todos sus movimientos, se rio de buena gana cuando vio el resultado.

—No hay duda de que Leticia es una mujer de recursos —comentó a la clase—. Ahora, comencemos por presentarnos. Yo ya os conozco, pero entre vosotros no os conocéis—. Se dio la vuelta y miró a su segundo—. Por qué no empiezas tú, Soren.

El gigante rubio asintió y sonrió mostrando unos dientes blanquísimos.

Durante los quince minutos siguientes, uno tras otro fueron diciendo sus nombres a sus compañeros y el grado de experiencia que tenían en la cocina.

Leticia decidió que, puesto que la iban a pillar en cuánto comenzaran con las clases prácticas, lo mejor era ser sincera y confesar que, como cocinera, era un completo desastre.

La clase siguió con una *master class* que les mostró los utensilios propios de la cocina tradicional japonesa y eso logró que la arquitecta se relajara y pasara con nota su primera clase de cocina. Después de todo, no iba a haber fuego de por medio.

—¿No te parece un poco surrealista todo? —le preguntó a María cuando la clase finalizó.

—¿A qué te refieres?

Se encogió de hombros.

—Estos dos no parecen chefs, yo diría que tienen más pinta de strippers que de chefs.

—No seas mala.

—No soy mala, es la verdad. Entre el capoeirista y el Gran Danés, me he

atragantado tres veces con la saliva. No sé si voy a ser capaz de sobrevivir al curso completo.

—Sí que son guapos —aceptó María.

—Una pena —se lamentó Leticia.

—¿Por?

—Porque he decidido autoimponerme penitencia.

Su prima política la miró sin entender.

—¿A qué te refieres con penitencia?

María sospechaba qué quería decir, pero tenía que asegurarse antes de contárselo a Rebeca.

—Nada de bombones hasta que sea capaz de hacer una tortilla en condiciones.

—¿Qué tipo de bombones? ¿Los de Rebeca?

—Los reales y los metafóricos —suspiró sonoramente—, sobre todo los metafóricos.

—Aquí no vamos a hacer tortillas —comentó María con expresión preocupada.

Leticia se encogió de hombros y puso una expresión compungida.

—Adiós, bombones, adiós.

Las dos rieron, aunque Leticia lo había dicho completamente en serio.

## Capítulo 3

Tras dos semanas de clases que equivalían a seis horas, en las que había estado más pendiente de Max que de las recetas que debía preparar, Leticia decidió que no era tan mala cocinera como había creído siempre, a pesar de que gran parte del éxito conseguido se debía a María, que era quien la había dirigido y controlado para que no metiera la pata.

Si seguía así, la maldita autoimpuesta penitencia, de la que ya estaba empezando a arrepentirse, terminaría pronto.

El sushi que había preparado, aunque no era perfecto, se había ganado el aprobado de Max, lo que hizo que Leticia se planteara empaquetar un poco y hacérselo llegar a Hugo para demostrarle que, desde que no estaban juntos, sus habilidades culinarias habían mejorado. No obstante, terminó por descartar la idea cuando se acordó de lo que le había contado Rebeca ese mismo martes. Según le había dicho su prima, cuando fue por la mañana al banco, antes de abrir la pastelería para cambiar monedas, se había topado con Hugo haciendo manitas con la nueva cajera de la oficina. En cuanto la vio trató de disimular, pero Rebeca ya se había percatado del asunto...

—Tierra llamando a Leticia —dijo una voz masculina a escasos centímetros de su oído.

—¡Oh! —alcanzó a exclamar ella cuando alzó la cabeza y se topó con que Max estaba más cerca de lo que esperaba.

¿Qué narices le pasaba a su cerebro que cuando él rondaba cerca era incapaz de producir ningún pensamiento que tuviera más de dos sílabas?

Max le ofreció una sonrisa antes de preguntar:

—¿Va todo bien?

—Sí, lo siento. Estaba despistada.

“Bien, dos frases seguidas. Espectacular, Leticia”.

Su alegría por haber sido capaz de hablar quedó eclipsada por el sentimiento de culpa que la invadió. ¿Cómo podía estar pensando en Hugo teniendo tan cerca a dos tipos tan increíbles como Maxwell y el Gran Danés? Sobre todo, el capoeirista, se dijo, ese sí que tenía un cuerpo en el que hacer penitencia...

Los dos eran guapos, simpáticos y muy amables, pero mientras que Soren se paseaba por las mesas ayudando a los alumnos con la tarea, Maxwell se dedicaba a reproducir la receta él mismo para que ellos pudieran seguir sus pasos. Y, aun así, siempre tenía tiempo para acercarse a ella y preguntarle cómo lo llevaba o para probar sus intentos de preparar algo comestible.

—Ya me he dado cuenta —volvió a sonreír él—. Se te ha olvidado recogerte el pelo.

Leticia ladeó la cabeza para comprobarlo y su pelo se desplazó por sus hombros. Se miró las manos pringadas y pensó en cómo iba a hacerse la coleta sin ensuciárselo. Por mucho que tratara de lavárselas, estaban demasiado sucias, por lo que iba que tener que salir al lavabo.

Maxwell sonrió al comprender su dilema y se acercó a ella, le tomó la mano y sacó el elástico que llevaba en su muñeca sin que esta tocara sus dedos manchados. Aunque su tacto era cálido, sintió un escalofrío allí donde sus dedos le tocaban la piel.

Antes de que Leticia comprendiera lo que pretendía hacer estaba recogién-dole el cabello en un moño en la nuca. Sus dedos se hundieron en su pelo tratando de alisárselo y la sensación fue tan agradable que estuvo a punto de suspirar de placer.

—¡Gracias!

“¡Bien hecho, Leti!”, se animó, “esta vez has unido dos sílabas”.

—De nada —dijo él con una pícaro sonrisa que volvió a derretir sus neuronas.

—Creo que a Maxwell le gustas —le susurró María unos minutos más tarde, después de que terminara su plato.

Como siempre, había acudido en su ayuda para tratar de salvar el de su amiga.

Leticia se giró para mirarla con los ojos agrandados por la sorpresa y el temor a que la hubieran escuchado.

—Eso no es cierto —dijo en una voz tan baja que ni siquiera llegó a la consideración de susurro.

—Puedes negarlo, pero es verdad.

—¡Calla! —pidió mirando a derecha y a izquierda, preocupada porque alguien las hubiera escuchado y pensara que en realidad era a ella a quien le gustaba el profesor de cocina. Que, por supuesto, no era cierto.

Como si no tuviera ya suficientes problemas con los hombres como para añadirle otro a la lista. De acuerdo, no podía negar que Maxwell le resultaba interesante, que era sexy a rabiar y que gracias a él no podía pensar en nata montada sin que le subiera la fiebre, pero de ahí a que le gustara como para plantearse algo, iba un mundo. Además del pequeño detalle de la penitencia...

Acababa de salir de una relación y no tenía intención de meterse en otra sin haber superado las metas que se había puesto a sí misma.

—¿Es por Hugo? ¿Todavía te interesa?

—¿Estás loca? ¡No!

—¿Entonces?

—Entonces nada. No le gusto y no me gusta. Deja de parecerte a mi prima, por Dios. Me gustabas más cuando eras normal. Además, es nuestro profesor...

—¿Y?

—Seguro que es ilegal.

—¿Con la edad que tenemos?

—Con estas cosas nunca se sabe —sentenció Leticia.

María se rio, pero no dijo nada. Se limitó a asentir y a cumplir con su propósito: arreglar el desastre en que se estaba convirtiendo el plato de su prima política.

A pesar de que lo que decía María no tenía sentido, Leticia comenzó a prestar más atención a los gestos que Max tenía con ella y, tras tres cruces de miradas y varias sonrisas, llegó a la conclusión de que María podía estar en lo cierto. Aunque también podía deberse a que era la única de los ocho alumnos que tenía menos de sesenta años, a excepción de María, pero claro, ella ya estaba pillada.

Por otro lado, el incidente con la nata en la pastelería de su prima también había sido llamativo... Una pena que su capacidad para preparar tortillas siguiera siendo inexistente.

Si no fuese por ese pequeño detalle, estaría sonriéndole a Max como una

tonta y lanzándole señales luminosas de que estaba interesada. “¡Un momento!”, se dijo mentalmente. Las sonrisas no podía evitarlas... De hecho, en ese instante estaba sonriendo. Se pasó la mano por los labios y se obligó a borrarla. “¡Leti, sé buena!”, se dijo.

Tras darle vueltas al tema, se decidió a pedirle ayuda a Rebeca para que le enseñara a hacer tortillas en condiciones; era mucho mejor que pedírsela a su madre. Su prima se limitaría a auxiliarla sin más mientras que su madre la sometería a un tercer grado antes de partir el primer huevo.

Ya había tenido que explicarle lo de Hugo y había tardado sus buenas dos horas en convencerla de que ir al banco a pedirle explicaciones no era una buena idea. Era consciente de que la mejor opción era María, pero era prácticamente imposible que ella pudiera ayudarla sin que su prima se enterara, lo que decantaba la balanza en favor de esta última. No podía olvidarse de que eran familia.

—¿Qué tipo de tortilla quieres aprender a hacer? —preguntó Rebeca el viernes por la tarde, cuando Leticia se presentó en su pastelería con la idea de aprender a hacer tortillas.

—Podemos empezar con la más fácil y vamos avanzando.

Su prima la miró con suspicacia.

—¿Por qué de repente te interesa la cocina? ¿Es por el idiota de Hugo?

Negó con vehemencia.

—Es por mí.

—¿Por eso de tu absurda penitencia?

—¿Te lo ha contado María?

Rebeca no lo negó. No podía, María era la única persona a la que se lo había contado.

—Sí, por eso de la penitencia que no es para nada estúpida. Hasta que no me salga un plato decente, no pienso salir con nadie ni ponerme morada a chocolate, ya puestos.

La pastelera se lo pensó unos segundos antes de responder:

—Sabes que en una relación no siempre tiene que ser la mujer la que cocine, y dejar el chocolate no me parece tan malo, la verdad.

—Pues lo es. ¿No has escuchado nunca eso de que el chocolate es el sustituto del sexo? Pues ahora estoy también sin el puñetero placebo. Y en lo

de que cocine el hombre, por supuesto que lo sé, ¿por quién me has tomado? Es solo que quiero superarme —explicó muy digna.

—De acuerdo, te ayudaré, pero nada de empezar por lo más fácil. Vamos a hacer una tortilla de patata como Dios manda.

—No creo que...

—¡A callar! —la regañó al tiempo que le tendía un cuchillo—. Pela las patatas. Sabes cómo se hace, ¿verdad?

—Hasta ahí llego —gruñó Leticia.

La siguiente media hora estuvo pendiente de todas las indicaciones que le ofreció su prima: el tipo de patata que mejor le iba, la temperatura del aceite...

La maldita penitencia ya empezaba a ser molesta, sobre todo desde que Maxwell se había presentado a la última clase con camiseta de manga corta y vaqueros.

Se había disculpado con ellos por no haber tenido tiempo de cambiarse y los había dejado a su aire mientras se ocupaba de su atuendo. El problema era que Leticia tenía una imaginación tan vívida que se había imaginado cada uno de sus movimientos en el vestuario mientras se quitaba los vaqueros y se ponía los pantalones de cocinar, la camisa...

Demasiado para una mujer en penitencia.

—¿Te estás enterando de algo de lo que te he dicho? —la interrumpió su prima con un plato en las manos.

—¡No!

—Por lo menos, eres sincera —admitió la morena—. Te digo que una de las partes más difíciles es darle la vuelta a la tortilla sin que se desmonte.

—¡De acuerdo!

—¿Quieres probar?

—¡Estás loca! Primero miraré cómo se hace y a la próxima lo hago yo.

—Si no lo haces, nunca aprenderás.

—Estoy aprendiéndome la teoría, después empezaré con la práctica. Es el orden correcto en que se hacen las cosas —protestó.

—En la cocina no. Hay que probar muchas veces hasta que sale bien.

—Por eso se me da mal —sentenció—, porque yo soy más de teoría.

—Seguro que es por eso. ¿Cómo no se me había ocurrido antes?

## Capítulo 4

Era la primera tarde que los compañeros de clase habían propuesto salir a tomar una cerveza después de la clase, por lo que Leticia no sabía si a ellos se les unirían el Gran Danés y el Capoeirista. No obstante, había una muy buena posibilidad, ya que según les había dicho Max en varias ocasiones, el grueso de trabajo se daba el fin de semana y a mediodía de lunes a jueves.

—¿Vas a ir con ellos? —le preguntó María bajando la voz.

—¿Tú no?

—Si tú vas, yo también.

Leticia sonrió con picardía.

—Pilla tu bolso y vamos al baño a ponernos pintalabios. Sea el bar que sea, hay que ir preparadas —dijo medio en broma medio en serio.

María rio.

—¿Eso es que vamos?

—Por supuesto. Si no vamos nosotras que somos la juventud, se van a aburrir como ostras —bromeó haciendo alusión a la edad de sus compañeros.

Quince minutos más tarde estaban juntando dos mesas del bar de toda la vida al que Mauricio los había llevado. Mauricio, el culpable de que Leticia no hubiera cruzado una sola palabra con Maxwell, era el compañero del curso que más veces interrumpía durante las clases, y el responsable de que estuvieran en un local con cero glamour, lo que no la motivaba especialmente al coqueteo que había planeado cuando se propuso la salida.

El bar Imperial era como de cualquier barrio de cualquier ciudad española, con los típicos futbolines, los sillones altos en la barra y la decoración con marcas de cerveza. Lo bueno era que quedaba bastante cerca del restaurante de Max y que los dueños eran conocidos del propio Mauricio, por lo que les dieron bastante libertad para mover mesas y acomodarse.

La velada comenzó bien, ya que Max se sentó a su lado, pero tras la segunda ronda de cervezas, Leticia tenía la sensación de que había desperdiciado su tarde y su pintalabios. Porque Maxwell, a pesar de estar a su lado, no había tenido ni un minuto libre para poder hablar con ella.

Sus alumnos trataban de monopolizarle y le lanzaban una pregunta tras otra. Algunas los suficientemente personales como para que Leticia se enterara sin necesidad de delatarse de que no tenía pareja.

Menos mal que el Gran Danés estaba elocuente y centró su atención en ellas dos.

Soren era divertido de un modo refrescante, sus bromas y el modo en que hablaba las tuvo riendo durante toda la velada. Además, era guapo a rabiar, lo que amenizaba todavía más el ambiente.

Aun así, era frustrante estar sentada junto a Maxwell, oliendo su agradable aroma especiado, y no poder cruzar ni una sola palabra con él. Leticia tenía al chef a su izquierda y a María a su derecha, y al lado de esta se sentó el rubicundo danés que, aunque también atrajo la atención del resto de alumnos, supo cómo desembarazarse de ellos sin resultar grosero o cortante.

En ese sentido Max tenía mucho que aprender, ya que, aunque era amable y encantador, tenía un punto frío que chocaba con el don de gentes del Gran Danés.

—¿Te lo pasas bien? —preguntó Max por fin, dándose la vuelta para mirarla.

—Sí, Soren es muy divertido —respondió girando todo su cuerpo inconscientemente hacia él.

—¿De verdad? —inquirió con curiosidad.

—¿No lo sabías o no me crees?

Max sonrió inocente.

—Supongo que lo es, depende de con quién lo compares.

—¿A quién tienes en mente?

—A mí, por supuesto. No hay duda de que soy más divertido que él.

—Si tú lo dices...

—Así me gusta. Que no dudes de mi palabra —aseguró en un tono machista que Leticia no estaba dispuesta a pasar por alto.

Fue el turno de ella de sonreír con inocencia.

—No se trata de confianza, no soy tan crédula. Es que no tengo hechos que lo afirmen ni que lo nieguen. Ya sabes, no hay nada con lo que valorarlo...

—*Touché!* —Se llevó la mano al corazón como si la estocada hubiera sido real.

Leticia hizo una inclinación a modo de disculpa japonesa y escondió su sonrisa victoriosa.

—La sinceridad es una de mis mayores virtudes —explicó envalentonada.

—¿Cuáles son las otras de las que alardeas?

Ella se encogió de hombros.

—Prefiero que las descubras sin mi ayuda. No me gusta influir en nadie.

Él dejó escapar una carcajada de auténtica diversión.

—Estoy deseando hacerlo —musitó inclinándose más de lo necesario hacia ella—. Va a ser muy entretenido descubrirlo. ¡Estoy seguro!

Lamentablemente, no tuvo tiempo de replicar porque sus compañeros volvieron a llamar su atención y Max tuvo que girarse hacia el otro lado. Además, Leticia no tenía intención de exigir que la atendiera a ella. Al menos, no hasta que dominara el milenarior arte de la tortilla.

## Capítulo 5

Leticia estaba segura de que le había tocado la lotería. María había pillado un resfriado y no había asistido a clase ese jueves, por lo que Soren se había puesto con ella, ya que la clase de esa tarde era por parejas.

Y, aunque una parte de ella se sentía culpable por alegrarse de que la buena de María no hubiera podido levantarse de la cama, su parte menos amable estaba encantada con la ayuda del Gran Danés. Si era lista, iba a poder sacarle información de Max de la fuente más fidedigna que conocía.

Además, no podía olvidar que Soren era bonito de ver y, después de todo, la penitencia era a nivel práctico. Mirar estaba permitido y, por qué no reconocerlo, hacerlo le recargaba las pilas a base de bien.

Se quedó embobada viendo como los músculos de los brazos de Soren se ondulaban con el movimiento y tomó nota mental de volver a la pastelería a pedirle a su prima otra clase magistral de tortillas. Si seguía así, la penitencia iba a terminar por desquiciarla.

—Lavar y cortar los ingredientes es el primer paso —estaba diciendo el rubio cuando Leticia volvió a centrar en él su atención.

—De acuerdo. ¿Cuánto hace que trabajas con Max?

Él la miró sorprendido por el cambio de tema.

—Cinco años. Estudiamos juntos en el Hattori Nutrition College en Japón, aunque solo hace dos que somos socios.

—El restaurante es genial —dijo con sinceridad.

Era un local innovador, pensado desde su construcción para funcionar también como escuela ya que disponía de dos cocinas independientes: la principal en la que trabajaban los chefs cuando el restaurante estaba abierto, y una secundaria en la que se impartían las clases.

Además, la decoración era una mezcla equilibrada entre Asia y Europa.

—¡Gracias! —dijo con una sonrisa y trató de volver al tema anterior—. Controlar el tiempo es lo más importante de cualquier plato —le estaba diciendo el Gran Danés con su maravillosa sonrisa.

—¿Así que ese es el secreto? —bromeó ella con coquetería.

Él sonrió abiertamente antes de negar con la cabeza.

—Las cantidades también son importantes. Si pones demasiada agua, la sopa saldrá insípida y, si pones demasiado poca, espesa y pesada.

—Eso puedo entenderlo. En mi trabajo las medidas también son la clave.

Él sonrió contento por que lo hubiera comprendido sin necesidad de largas explicaciones.

—¿A qué te dedicas? No recuerdo habértelo oído decir el día de la presentación —preguntó con auténtica curiosidad.

—Soy arquitecta. Un mal cálculo y todo se viene abajo.

La sonrisa se borró del rostro del rubicundo danés.

—No lo digas muy alto por aquí —aconsejó muy serio.

Leticia no supo si era alguna especie de broma del vikingo o si lo decía en serio, en cuyo caso, todavía lo entendía menos.

—¿Por qué?

—A Maxwell no le caen bien los arquitectos —volvió a decir muy serio.

—¿Por qué? Es absurdo, somos unas personas geniales —bromeó ella.

—¡Hazme caso! Mejor no lo digas —volvió a insistir Soren.

—¿Es algún trauma infantil o qué? —preguntó con sorna, decidida a pensar que era una broma.

—Mejor guarda silencio.

Antes de tener tiempo para indagar más en tan extraña advertencia, el aludido se acercó hasta ellos con una expresión que Leticia no pudo descifrar.

—¿Qué es lo que no puedes decir? —preguntó el chef apareciendo de repente tras ellos.

—Que soy arquitecta —contestó Leticia sin darle importancia al consejo de Gran Danés.

Después de todo, ¿quién podía tener algo en contra de los arquitectos? Era absurdo. Su conciencia de gremio no le permitía creer que alguien pudiera tener algo en contra de ellos.

—¿Cómo has dicho? —preguntó marcando cada palabra.

De repente, su casi inexistente acento se había marcado mucho.

Por primera vez en su vida, Leticia sintió que se había metido en un

problema sin saber cómo. Normalmente, los problemas le venían por su tendencia a decir lo que pensaba o, más recientemente, por su falta de pericia en la cocina.

Fuera como fuera, no podía negarlo ahora.

—Soy arquitecta.

—Arquitecta —repitió Maxwell.

Ella afirmó con la cabeza.

—Tiene sentido —sentenció él tras unos segundos de silencio en los que la miró con fijeza y una expresión glacial.

—¿A qué te refieres? —inquirió suspicaz mientras observaba como Soren se apartaba de la conversación con poca sutileza.

—A que tu falta de sensibilidad es lo que impide que tus platos estén a la altura del resto de tus compañeros.

—¿Disculpa?

—Ahora no tengo tiempo de explicártelo —dijo, se dio media vuelta y retomó la clase sin importarle que todo el mundo hubiera escuchado su reprimenda sin sentido.

Leticia ya no dio pie con bola durante el resto de la clase, e incluso tuvo que soportar las miradas de lástima de Soren, que parecía verdaderamente apenado por su incompetencia.

Cuando la clase acabó, no se lo pensó dos veces y se fue directa a Maxwell.

Sus compañeros estaban recogiendo, pero ella no tenía tiempo para eso, si no, Max se marcharía sin las explicaciones que buscaba.

—¿Tienes tiempo ahora para explicármelo?

Él la miró como si fuera una molestia, pero asintió con la cabeza.

—Espera a que se marchen todos.

—Por supuesto.

Los alumnos, uno tras otro, fueron saliendo. Cada uno llevaba su fiambarrera con lo que había preparado. El único plato que quedaba por recoger era el de Leticia.

Soren le hizo un gesto con la cabeza a Max.

—Déjalo, yo recogeré después —respondió este, y el rubio salió de la cocina a toda prisa.

—Tú dirás.

—No, eres tú el que tiene que explicar el porqué de tu reacción —pidió ella.

Él se encogió de hombros.

—No creo que vayas a ser capaz de aprender a cocinar. Llevamos ya cuatro semanas y no has aprendido lo básico.

—¿Disculpa?

—¿No me crees? Vamos a probar tu sopa de miso. —Se encaminó hasta donde ella había estado—. Es uno de los platos más fáciles que vamos a hacer y encima has contado con la ayuda de Soren.

—El Gran Danés solo ha puesto en remojo las algas wakame y las ha cortado. Todo lo demás lo he hecho yo.

—¿El Gran Danés? ¿Le llamas así? ¿Cómo me llamas a mí?

—Maxwell.

Él pareció decepcionado por no tener un apodo, pero Leticia se negó a decirle la verdad.

—Muy bien, probémosla —dijo. Cogió una cuchara limpia y la hundió en el cuenco.

La cara que puso al tragar el líquido fue más eficaz que cualquier palabra que hubiera pronunciado.

—He pagado por el curso completo y tengo la intención de venir, te guste o no.

Se dio la vuelta para marcharse, consciente de que, si se quedaba un segundo más, iba a decirle un par de cosas poco educadas. Pero al hacerlo le dio un manotazo a la sopa de miso, que acabó en los pantalones de Max.

—¡Mierda! —se quejó este al notar el calor.

—¡Lo siento!

Él no dijo nada, la fulminó con la mirada y salió de allí a toda prisa.

Leticia limpió el desastre y decidió esperar a que regresara para asegurarse de que estaba bien, pero al ver que tardaba comenzó a replantearse si le habría hecho alguna quemadura significativa.

“¿Y si le he hecho una quemadura de tercer grado en sus partes bajas?”, se dijo rozando el histerismo. “¿Lo habré dejado impotente? ¿Debería llevarlo al hospital?”.

Una docena de situaciones pasaron por su mente en aquellos pocos segundos de indecisión. Maxwell recibiendo tratamiento contra las quemaduras, Maxwell recibiendo la noticia de los médicos de que era necesaria una amputación...

Resuelta a asegurarse de que estaba bien, salió por la puerta y se acercó al

cuarto de baño. Sus dudas se desvanecieron con rapidez, ya que la puerta estaba abierta y Maxwell estaba de pie como su madre lo trajo al mundo: con todas sus extremidades completas y perfectas. Aun así, preocupada por las posibles secuelas de su descuido, Leticia centró su mirada en la zona dañada y comprobó que no había de qué preocuparse.

Maxwell la dejó mirar sin siquiera hacer el amago de taparse.

—¡Vaya! Supongo que eres la excepción que confirma la regla —musitó ella, más para sí misma que para él.

—¿Cómo dices? —A pesar de la situación, su voz sonó divertida.

—Había escuchado decir que los asiáticos no pueden presumir de... Ya sabes.

Maxwell le sonrió por primera vez desde que había descubierto a qué se dedicaba, y esa sonrisa fue la detonante que hizo que Leticia se diera cuenta de lo que estaba pasando: estaba hablando con Max completamente desnudo del tamaño de su...

—¡Oh! —gritó y salió a toda prisa, decidida a esconderse en su casa y no volver a salir.

## Capítulo 6

Leticia había estado tentada de saltarse la clase esa semana, principalmente porque no tenía muy claro cómo debía reaccionar al encontrarse con Max. No obstante, se había excusado a sí misma con que el motivo por el que no quería asistir era que el tiempo no acompañaba. Llevaba todo el día diluviando, lo que no le había impedido ir a la oficina ni visitar las obras que estaban paralizadas por la dichosa lluvia.

Aun así, la idea de volver a ver a Max la ponía nerviosa y, al mismo tiempo, su desencuentro de la semana anterior la empujaba a acudir a las clases, ya que el no ir iba a sentirse como una derrota para ella y una victoria para él. Por todo ello y contra todo sentido común, se presentó en el restaurante a la hora en que comenzaba la clase.

Había estado mentalizándose durante toda la semana al tiempo que trataba de borrar de su mente la tentadora imagen de Maxwell al natural. No podía pensar en él de ese modo. No después de su cambio de actitud con ella.

Se había transformado en un borde y, aunque había tratado de entender el motivo de su cambio, no lograba comprender qué relación podía tener su oficio con la actitud de él.

Fuera como fuera, estaba dispuesta a demostrarle que se había equivocado con ella y para eso salió preparada de casa. Cuando entró en el restaurante tenía el pelo recogido en una coleta alta, calzaba zapatillas y vaqueros. Atrás habían quedado los trajes de chaqueta y las faldas que se ponía para ir a la oficina. Para las clases de cocina había decidido usar el mismo atuendo que usaba para visitar las obras.

—Buenas tardes —saludó al entrar.

El Gran Danés, el único que había en el comedor en ese momento, la miró con cierta sorpresa antes de responder a su saludo.

Leticia se sorprendió al no ver a ninguno de sus compañeros allí. Normalmente, cuando ella llegaba ya estaban casi todos reunidos a la espera de que les dieran paso a la cocina.

—Leticia, ¡has venido!

Ella arrugó el ceño. ¿Qué se creía el rubio? ¿Que iba a asustarse y a dejar de aparecer porque el capoeirista hubiera sido un borde desagradable?

—¿Acaso se han cancelado las clases de hoy? No me ha llegado ningún mensaje al respecto.

—Claro que no —respondió Maxwell apareciendo por el pasillo.

—¡Bien! Odiaría haber hecho el viaje en vano —comentó haciéndose la interesante.

Puede que su cerebro se volviera defectuoso cuando él andaba cerca, pero estaba decidida a tener la última palabra. Eso sí, evitaría el contacto visual para mantener la mente fría, se dijo.

—Soren, no es necesario que te quedes hoy. Puedes seguir con la preparación. Solo ha venido Leticia, estoy seguro de que puedo encargarme yo solo de ella.

—¿Cómo? —La pregunta se le escapó. Había pretendido pensarla no decirlo—. Me refiero a... ¿por qué no hay nadie?

—Supongo que han tenido miedo a mojarse. ¡Vamos!

Asintió y lo siguió por el pasillo hasta la entrada de la cocina secundaria en la que trabajaba con ellos.

—Hoy vamos a hacer algo un poco más complicado.

Contra su buen sentido común, Leticia alzó la cabeza y le miró. ¡Mala idea! El chef estaba más guapo que nunca o quizás era que ella sabía lo que escondía bajo su kimono lo que lo volvía tan atractivo.

—¿Hay alguna razón por la que no me miras cuando te hablo? ¿Te has vuelto tímida de repente?

—No —respondió. Aun así, agachó la cabeza para que él no notara su rubor.

¿Es que ese hombre no tenía tacto? ¿Cómo podía preguntarle tan abiertamente por algo tan vergonzoso?

—Bien, porque hoy vamos a hacer Takoyaki: bolas de pulpo fritas.

El pánico se instaló en su estómago, pero forzó una sonrisa. Bajo ningún concepto iba a echarse atrás. Maxwell había sido cruel con ella respecto a su incapacidad de cocinar igual que había hecho Hugo, y del mismo modo que

había hecho con este último, iba a olvidarse de él. En cuanto que le demostrara lo equivocado que estaba.

Lo primero que hicieron fue hervir al pobre animal, que seguía moviéndose en la olla. Leticia se apartó todo lo que le permitió el espacio para no ver lo que sucedía en ella y, aunque Max se dio cuenta, tuvo el buen tino de no decir nada.

Durante las dos horas siguientes aprendió más de cocina que en las cuatro semanas anteriores.

Si bien hubo momentos en los que algún que otro roce casual la hizo saltar, la velada transcurrió con bastante normalidad. Max no fue tan amable como en ocasiones anteriores, aunque tampoco tan borde como el jueves anterior.

Dos horas y media después servían el plato y él la animaba a comérselo.

—No, gracias.

—¿Tan poca confianza tienes en tu talento que no te atreves a probarlo?

Leticia le fulminó con la mirada antes de negar con la cabeza.

—Tengo por costumbre no comerme nada que haya visto vivo antes.

Él parpadeó, sorprendido por la respuesta.

—¿De dónde crees que viene la carne?

Ella se encogió de hombros.

—¿De las bandejas del supermercado?

No respondió. Asió los palillos y se metió una bolita en la boca.

Durante los segundos que tardaron en que él masticara y tragara, Leticia aguantó la respiración. No por decisión propia, sino porque estaba tan nerviosa que se olvidó de algo tan básico como respirar.

—No está mal. ¿De verdad que no lo quieres probar?

—De verdad.

—De acuerdo, saldré contigo —concedió Maxwell muy serio.

—¿De qué hablas? No recuerdo habértelo pedido.

Él la miró con escepticismo.

—¿No se supone que vas a demostrarme que estoy equivocado contigo?

Leticia asintió todavía sin comprender.

—Pues te concedo una cita. El lunes, aquí mismo.

—¿Vas a darme una clase de cocina extra?

Él sonrió con picardía.

—Todo lo contrario, vas a cocinar para mí —hizo una pausa—, pero no te olvides de que es una cita. Tu oportunidad para hacerme ver que estoy

equivocado contigo.

—No creo que...

—¿Quieres que te demuestre que merecerá la pena convencerme?

—¿Qué?

Maxwell no respondió. Dio los tres pasos que lo separaban de ella y, asiéndola por la cintura, la atrajo hasta él. Su boca cubrió la suya y la mente de Leticia, de normal propensa a desconectarse ante su presencia, se derritió en cuanto su lengua invadió su boca. Ni siquiera fue consciente de que le hubiera facilitado el acceso, lo único que su cuerpo era capaz de hacer era sentir. Sentir el cálido cuerpo que la presionaba y los labios suaves que la estaban besando a conciencia.

Maxwell no parecía tener intención de finalizarlo y el beso creció hasta alcanzar una intensidad que los derretía a ambos y que la hacía sentirse más feliz de lo que había estado en mucho tiempo.

“¡Oh!”, exclamó mentalmente. “¡Oh!”.

Cuando finalmente se separó de ella, Leticia sintió un cosquilleo en los labios y ganas de seguir besándolo. Debía de estar loca si después de lo que había pasado todavía se sentía atraída por él.

—¡Está bien! —musitó molesta consigo misma.

¿Por qué era tan fácil de convencer? Tendría que estar haciéndose la dura y esperar a que le rogara. Después de todo, había sido un cretino y tenía que redimirse apropiadamente.

—¿Qué quieres decir?

—Que vendré el lunes.

Medio tambaleándose por los efectos del beso, se dio media vuelta y se marchó. Después de todo, un poco de agua helada de lluvia quizás la ayudara a despejar la mente y a enfriar el cuerpo.

## Capítulo 7

—Creo que soy idiota —se lamentó Leticia.

—¿Lo crees?

El comentario de Rebeca le valió un codazo de María.

Era sábado por la noche y las tres estaban cenando en la pizzería de debajo de casa de la arquitecta. El plan inicial había sido cena y cine, pero después de que esta les contara su encuentro con Maxwell y la cita que tenían pendiente, María había decidido que el tema necesitaba de algo de tiempo extra, por lo que habían obviado el cine y allí seguían, intentando descifrar los últimos actos del chef.

—¿Por qué quiere que cocine para él? ¿Y por qué me besó?

—Es evidente que le gustas —sentenció María—. La invitación y el beso lo demuestran.

—Entonces, ¿por qué fue tan desagradable con ella cuando supo que era arquitecta? Es una reacción absurda —intervino Rebeca—. Y él siempre me ha parecido un tipo con la cabeza bien amueblada.

—¿Creéis que sea por alguna exnovia o algo así? Puede que haya tenido una mala experiencia con alguna colega.

Rebeca dio un resoplido.

—No seas tan dramática —protestó.

—Puede que sea algo así —apoyó María—, a lo mejor una colega tuya le rompió el corazón y por eso ahora tiene prejuicios contra todas las arquitectas. Puede que le dijera que un simple chef era muy poco para ella o algo por el estilo. ¡Es posible!

—Cariño, no le des alas —comentó la pastelera, que conocía de sobra a su prima y sabía que ya se había montado una película con el tema.

—Creo que María tiene razón. Eso explicaría por qué fue tan frío conmigo

cuando supo a qué me dedicaba. Y también explica por qué el Gran Danés me advirtió de que no se lo dijera. Son amigos desde hace cinco años, igual él también conoce a la exnovia y por eso me avisó.

—¡Ves! —apoyó María.

—¿Qué exnovia? Dejad de hablar de ella como si existiera.

Rebeca cogió una porción de pizza de cuatro quesos y se la metió en la boca a su prima.

—¡Calla y come!

La aludida le dio un bocado, masticó y tragó. Cogió el vaso de vino que tenía delante y, tras darle un sorbo, volvió a la carga.

—¿Cómo voy a comer si solo puedo pensar en que el lunes voy a tener que cocinar?

—¿Me estás diciendo que lo que te preocupa, el motivo por el que nos hemos saltado el cine, es que tienes que cocinar para él?

—¡Claro! Es un profesional.

—Él es un profesional y tú eres idiota. ¡Decidido!

María no intervino para regañar a su mujer y Leticia no protestó al verse sola. Empezaba a cansarse de la situación. La maldita penitencia era autoimpuesta, ¿no? ¿Qué más daba si sabía hacer o no una tortilla en una época en que podía comprarla hecha en cualquier supermercado? Además, la penitencia era un castigo que no se merecía, por lo que estaba en todo el derecho de levantársela cuando quisiera.

Por otro lado, las redes sociales estaban repletas de mensajes positivos para que nos quisiéramos tal y como éramos: altas, bajas, gordas, flacas... pues no saber cocinar era parte de quien era ella. De modo que el lunes se presentaría en el restaurante y le demostraría a Maxwell la clase de mujer que era. Si le parecía bien, perfecto y, si no, perfecto también.

Ella era Leticia Guerrero, y tenía que hacer honor a su nombre. Era la brillante arquitecta, la amiga fiel, simpática y educada. Pero también era la Leticia Guerrero que destrozaba las tortillas y que podía vender un riñón por un cuenco de nata montada. Si hasta soñaba con el chocolate tras varias semanas sin probarlo.

—¡Tienes razón! —concedió tras varios minutos de silencio.

—Suelo tenerla, pero ¿a qué te refieres en este momento?

—A que soy idiota. ¿Qué pasa si no sé cocinar? Nada, absolutamente nada. He dejado que los prejuicios de Hugo me hayan hecho pasar un mal rato y

ahora estoy haciendo lo mismo con Maxwell. ¿Que no le gustan los arquitectos? Pues qué le vamos a hacer... —Se encogió de hombros.

Rebeca no respondió. Se limitó a mirarla con una mezcla de asombro y orgullo.

—Creía que Max te gustaba —comentó María.

—Y me gusta, pero me gusta más yo. —Sonrió traviesa—. Y no me digáis que no es parte de mi encanto el ser un desastre en la cocina.

—Siempre eres un encanto —sentenció Rebeca como si le hubiera costado decirlo—. Sobre todo cuando te das cuenta de que lo eres.

Leticia la miró sorprendida y alargó la mano para ponérsela en la frente.

—¿Tienes fiebre?

La pastelera se la retiró con cierta vergüenza.

—Estoy perfectamente. Después de todo, tenía que haber un motivo de peso para que fueras mi prima favorita.

## Capítulo 8

Leticia había estado dándole vueltas a su cita con Max durante el fin de semana y, aunque inicialmente había barajado la posibilidad de pasar por el supermercado y comprar algo para hacer ella misma la cena, finalmente descartó la idea.

Había decidido aceptar que nunca iba a ser Martín Berasategui y esa aceptación había traído consigo la tranquilidad que le había sido arrebatada tras su ruptura con Hugo. Si él no le hubiera echado en cara sus carencias, ella jamás le habría dado mayor importancia a su falta de habilidades culinarias.

Había llegado el momento de retomar el control y de preocuparse por las cosas que realmente eran importantes.

Con esa idea en mente, se presentó en el restaurante y mantuvo la entereza cuando Maxwell la recibió.

—¿Qué vas a prepararme esta noche?

—Nada. La cocina no se me ha dado nunca bien y, dado que el experto eres tú, deberías encargarte tú de prepararla. Como mucho puedo ejercer de pinche y ayudarte a lavar las verduras.

Max la miró unos segundos antes de responder.

—Pensaba que estabas aquí para demostrarme que estaba equivocado.

Ella sonrió.

—Estoy aquí porque me has invitado a venir. No creo que me corresponda a mí demostrar nada. —Se encogió de hombros—. El que está equivocado eres tú.

Transcurrieron unos largos segundos en silencio antes de que Maxwell hablara de nuevo.

—¡Está bien! Demuéstrame que por lo menos has aprendido a cortar en juliana en estas semanas —pidió asiéndola de la mano y llevándola hacia la

cocina principal. Esa noche desierta.

—Te he dicho que...

—Te has ofrecido a ser pinche —aclaró ofreciéndole un delantal.

Leticia frunció el ceño.

—Creía que eras un profesional —le pinchó—. Me he ofrecido por quedar bien.

Él no entró en el juego y lo dejó correr.

Durante la media hora siguiente, Max actuó del mismo modo en que lo hacía en las clases de cocina. Explicaba cada uno de sus movimientos y, cuando era necesario, se ponía detrás de ella para mostrarle cómo cortar correctamente los ingredientes. De modo que, aunque fue por motivos meramente docentes, Leticia terminó con un calor sofocante que se acentuó con el picante de los nudles que habían preparado.

Tenerlo pegado a su espalda la desconcentró más de lo que había esperado. Aun así, respiró hondo y trató de hacer un buen papel como pinche.

Aunque su compenetración no llegó al grado de complicidad que habían compartido desde que se conocieron, la actitud de Max con ella mejoró respecto a su último encuentro. Él parecía haber relajado un poco la actitud de frío desdén que adoptó tras saber a qué se dedicaba, aunque no lo suficiente como para que no hubiera silencios incómodos entre ellos.

—¿Siempre quisiste ser chef? —preguntó Leticia mientras comían.

—Sí. Mi madre me enseñó a cocinar siendo muy pequeño y siempre he disfrutado de la cocina. ¿Y tú siempre quisiste ser arquitecta?

Leticia rio.

—No, de pequeña quería ser bailarina.

Max pareció relajarse un poco.

—Te pega. Hubieses sido una buena bailarina —bromeó.

—Se me da fatal moverme con coordinación —explicó con una sonrisa—. Era más un sueño que una posibilidad real.

—¿Y cuándo decidiste ser arquitecta?

—Fue en un viaje al que me llevaron mis padres. Estábamos en Berlín y me fascinaron todos y cada uno de los edificios que vi. Estaba en el instituto, a punto de decidir qué era lo que deseaba para mi futuro, y la respuesta me llegó aquel verano.

—Así que no fue por el dinero.

Leticia le miró con interés tratando de adivinar si trataba de provocarla o su

pregunta se debía a su afán por seguir encasillándola en la etiqueta que él mismo había creado.

—No, no fue por el dinero. La mayoría de mis decisiones se deben a impulsos románticos que terminan por pasarme factura. Mi trabajo es la excepción.

Max pareció meditar su respuesta y siguió comiendo en silencio.

Leticia era una persona a la que los prolongados silencios la incomodaban, por lo que trató de retomar la conversación, pero Max no parecía muy dispuesto a ello. Finalmente se dio por vencida y se levantó a recoger los platos. Después de todo, él había cocinado y ella solo le había ayudado.

—Estaba todo muy bueno. ¡Gracias!

—En ese caso, supongo que dejarás propina.

Ella le miró confundida.

—¿Qué clase de propina?

—¡Lo siento! —Se disculpó al darse cuenta de su actitud borde—. Te prometo que estoy tratando de comprender que tú no eres como el resto de los arquitectos que conozco, pero es difícil, supongo que es la costumbre.

—¿Qué pasa? ¿Te dejó alguna arquitecta y estás resentido con nosotros por eso? —aventuró, tratando de saber si su teoría y la de María era correcta.

—Algo así, solo que no era una, sino uno.

—¡Oh!

—Tengo la sensación de que ese “oh” indica que estás equivocada.

—¿No eres bisexual?

Max sonrió divertido y negó con la cabeza.

—Era mi padre. Es mi padre.

—¿Os abandonó?

—No exactamente. Oficialmente, mis padres siguen casados, el problema es que mi padre es João Oliveira.

—¿Cómo has dicho? ¿Tu padre es João Oliveira? ¿El famoso arquitecto brasileño? ¿El del estadio de fútbol?

—Veo que le conoces.

—Todos en mi mundo le conocen. Tu padre es una leyenda en mi oficio.

—Supongo que es así. Lo único que le ha importado siempre es su trabajo.

—Lo siento.

—¿Por conocerlo?

Leticia negó con la cabeza.

—Lo que siento es que por su culpa estés tan lleno de prejuicios. Es una pena porque realmente eres un tipo interesante, Maxwell Oliveira.

Max no dijo nada. Se limitó a mirarla mientras se esforzaba en ordenar sus caóticos pensamientos.

—Tengo que irme —se despidió Leticia al tiempo que se levantaba—, supongo que te veré el jueves.

No dejó que Max respondiera. Antes de que este pudiera siquiera reaccionar ella ya estaba de camino a la puerta.

Lo mejor era dejarlo solo.

Ella ya había asumido quién era, ahora le tocaba el turno a él para deshacerse del lastre que cargaba consigo y que le había llenado de prejuicios.

Y, aunque le pesara, había decidido que no podía estar con alguien que pensara de ese modo. Max era perfecto en casi todo: guapo, encantador, trabajador... pero su mayor defecto eclipsaba sus virtudes. Si era incapaz de verla tal y como era no valía la pena.

## Capítulo 9

Al día siguiente de su cena con Maxwell, Leticia ya había calmado un poco su genio y, en frío, se sentía culpable por haber sido tan brusca con él. Seguramente, si se hubiese tratado de otra persona, habría entendido su temor o, mejor dicho, su animadversión por los arquitectos, aunque eso sí, jamás lo habría justificado. El problema era que con él todo el asunto se volvía personal y su posible simpatía quedaba relegada a un plano inferior a la ofensa.

Fuera como fuere, el hecho era que se había marchado de la cita sin muchos miramientos y ninguna consideración.

—Frodo, ¿crees que debería disculparme? —preguntó como si el perro fuera a responderle.

El aludido levantó la cabeza de entre sus patas, y la miró con aparente interés.

—Disculparme tampoco, ya que no he hecho nada por lo que deba disculparme —razonó—, pero a lo mejor sí que debería mostrar un poco de empatía, ¿no crees?

Frodo la siguió mirando unos segundos más para después volver a esconder la cabeza entre las patas.

—¡Maravilloso! Ya no me respeta ni mi perro —se quejó.

Intentando no pensar más en el tema, trató de concentrarse en la televisión, pero no podía quitarse de la cabeza lo sucedido. Consciente de que no iba a hacer nada con sentido hasta que lo solucionara, se sentó en el sofá, en el que había estado tumbada, y cogió el teléfono.

“Solo son las diez de la noche”, se dijo. “Todavía no es tarde para mandar un mensaje”, se animó.

Tras varios intentos de escribir la frase correcta, finalmente envió el texto y

esperó para comprobar cuál era la reacción del chef.

Si bien era cierto que él solo les había dado su número para que le avisaran si iban a fallar a las clases algún día, el motivo por el que ella lo había usado era de causa mayor, por lo que no tenía que molestarse por ese motivo, ¿no?, se preguntó a sí misma.

Después de animarse, volvió a tumbarse a esperar la respuesta.

Dos horas después seguía en la misma posición y su mensaje, aunque había llegado al destinatario, no había sido leído. Se le ocurrieron mil motivos por los que Maxwell no había leído su WhatsApp y ninguno de ellos era remotamente plausible.

Al final, casi a la una de la mañana, cuando se estaba lavando los dientes para acostarse, recibió una respuesta. El sonido de aviso fue tan inesperado que se le cayó el cepillo de dientes a la pila de la sorpresa.

Con más emoción de la que debería sentir, abrió la aplicación y se topó con una sola frase:

¿Puedes hablar?

Tardó cinco segundos en responder que sí. Cinco segundos en los que ni siquiera recordó que llevaba la boca llena de pasta de dientes.

Por eso, cuando el teléfono comenzó a sonar en su mano y lo descolgó, su “Hola” apenas fue comprensible.

—¿Leticia? —preguntó Max con desconcierto.

—Un *momegtog*, me *egtoy lavagdo log dienteg*.

Él soltó una risita divertida.

—¡De acuerdo!

—Ya estoy —explicó Leticia cuando se enjuagó la boca.

—Lamento no haberte contestado antes. Hoy ha habido mucho trabajo en el restaurante.

“Así que ha sido por eso”, pensó Leticia, más tranquila con la aclaración.

—No te preocupes. Solo quería disculparme por marcharme tan abruptamente ayer. Ni siquiera te ayudé a recoger.

—¡Estás perdonada!

—¡Qué magnánimo!

—Así soy yo —bromeó él.

Leticia se sintió de repente confundida. ¿Estaba hablando con el Maxwell que le había dicho que no soportaba a los arquitectos o con el Maxwell que había conocido en la pastelería de su prima? Y, en cualquier caso, ¿cuál de

ellos era el verdadero?

—¿Leticia? ¿Sigues ahí?

—Sí, perdona.

—Es tarde y te estoy molestando. Es solo que quería aclarar el motivo por el que no te había respondido antes.

—¡Aclarado! —aceptó ella.

—En ese caso... Buenas noches —dijo y su voz sonó decepcionada.

—Buenas noches, Maxwell —dijo para después colgar.

“Fabuloso, Leticia”, se recriminó. “Le escribes para disculparte por ser grosera y terminas actuando del mismo modo”.

—Frodo, ¿por qué soy así? —respiró profundamente tratando de calmarse —. No, Leticia, has hecho lo correcto. No puedes estar interesada en un hombre que a ratos es encantador y, a ratos, un incordio. Has hecho lo que debías.

Y, a pesar de haber hecho lo que debía, desde esa noche se dedicó a revisar los estados y las conexiones de cierto chef bipolar.

## Capítulo 10

El jueves por la tarde Leticia llegó a casa, se dio una ducha rápida y se puso cómoda para ver la televisión. Tenía intención de pedir comida, quizás una pizza o pollo frito, todavía no lo había decidido. Fuera lo que fuera, lo importante era que no la había preparado ella.

Esa tarde se había saltado las clases de cocina y no tenía muy claro si iba a volver a la siguiente. Aprender a cocinar había perdido su encanto y, aunque debía reconocer que el único motivo por el que había ido era Maxwell, de quien se quedó prendada el día que se lo encontró en la pastelería, la situación entre ellos estaba tan tensa que ni siquiera lo que sentía por él compensaba la incomodidad.

Llamaron al timbre del portal y se levantó del sofá para abrir. Ni siquiera preguntó quién era; estaba esperando la cena, así que tenía que ser el repartidor. Descalza fue en busca de su bolso, de donde sacó el monedero, y se encaminó hasta la puerta de entrada para abrir al pizzero.

Frodo comenzó a ladrar entre sus piernas, pero era solo de boquilla, por lo que no se molestó en encerrarlo.

Abrió la puerta con una sonrisa y esta se le quedó congelada en la cara.

—¿Hola? —la saludó Max desde el otro lado.

—¿Qué haces aquí? ¿Cómo has sabido dónde vivía?

—María me ha dado tu dirección —explicó Maxwell—, y he venido porque estaba preocupado. ¿Puedo pasar?

Leticia se apartó de la puerta y le permitió entrar.

Frodo no dejó de ladrar hasta que lo olfateó y decidió que no era una amenaza.

—¿Por qué estabas preocupado?

—Viniste el día del diluvio. No era normal que hoy faltaras a no ser que

estuvieras enferma.

—Estoy bien.

—Eso ya lo veo. ¿Por qué no has venido a clase?

Iba a responder cuando se dio cuenta de que la clase todavía no habría terminado.

—¿Y la clase? Si tú estás aquí...

—La he dejado a cargo de Soren, pero no has contestado a mi pregunta.

El timbre volvió a sonar y ella pudo volver a zafarse de dar una respuesta que no estaba segura de querer dar.

—Será la pizza —dijo mientras abría el portal.

Los dos se mantuvieron en silencio mientras llegaba la comida. Para evitar la incomodidad, Leticia salió al rellano y esperó a que llegara el repartidor.

Frodo aligeró la tensión cuando salió a saludar al chico, a quien ya conocía de ocasiones anteriores. No volvieron a hablar hasta que este se marchó.

—¿Comes mucha pizza?

—¿Cómo dices?

—Tu perro.

—¡Oh!

—No importa. ¿Vas a decirme por qué no has venido? Ya que es evidente que estás bien de salud, deduzco que es por mi culpa.

Leticia negó con la cabeza.

—Aprender a cocinar ha perdido su encanto —confesó dejando la caja encima de la mesa del comedor y tomando asiento en el sillón.

Max estaba sentado en el sofá de tres plazas, pero Leticia encontró más seguro sentarse en el sillón.

—¿Ya no quieres aprender a cocinar?

—En realidad, nunca he tenido especial interés en ello. Ha sido a raíz de una serie de acontecimientos en mi vida que me he planteado la posibilidad de hacerlo.

—¿Por qué no te explicas mejor?

Leticia se acomodó en el sillón. Después de todo, tampoco iba a volver a verlo, qué importaba que supiera lo de Hugo o que supiera que la había dejado fascinada el día que lo conoció en la pastelería y que había ido al curso por él...

De modo que se lo contó sin darle mayor importancia.

—Entonces, ¿ya no deseas conocerme?

—Creo que no. No me gusta la gente que me prejuzga. ¡Lo siento!

Max se llevó las manos a la cabeza y se revolvió el pelo. Aun así, con el pelo desordenado, estaba guapísimo, pensó Leticia.

—Soy un imbécil, ¿vale? Me quedé prendado de ti el día que nos conocimos y, cuando comenzaste a venir al curso, me pareciste tan refrescante y divertida que decidí que cuando terminaran las clases te invitaría a salir, pero entonces me enteré de a lo que te dedicabas y me sentí frustrado. Sé que fui borde, pero es que me gustabas demasiado y me noqueó saberlo.

—¿Ibas a invitarme a salir?

Max asintió.

—¿Crees que todavía puedo hacerlo? Aunque dejes el curso. ¿O ya es demasiado tarde?

—No lo sé.

—Pues piénsatelo porque creo que me he enamorado de ti y de tu manera de cocinar.

Leticia no pudo evitar soltar una carcajada. ¿De su manera de cocinar? ¿Estaba loco o solo pretendía ser gracioso?

—Te pones muy sexy cuando te concentras, pero lo que más me gusta de ti es que eres divertida, generosa, inteligente y una luchadora nata. El día que te vi aparecer a pesar de la lluvia fue el día que comprendí lo que sentía.

—Pues no fuiste muy amable.

—Estaba frustrado. Conmigo mismo por dejar que mi padre siguiera interfiriendo en mi vida y contigo porque no dejabas de darme motivos para que me gustaras.

—¡Oh!

—¿No crees que estás un poco lejos para este tipo de conversación?

—Es posible.

—Entonces, ¡ven!

Leticia se lo pensó unos segundos. A la porra su decisión de alejarse de Max, a la porra lo de darse tiempo para estar sola. A la porra todas las decisiones que había tomado con la cabeza. Ahora era el turno de darle prioridad al corazón.

Nerviosa, se levantó del sillón y se sentó junto a Max en el sofá. En cuanto lo hizo sintió el aroma a especias que siempre lo acompañaba.

—Sé que he sido un idiota, pero ¿me darías otra oportunidad para demostrarte que puedo ser un tipo genial si me lo propongo? —pidió sin

apartar la mirada de ella.

Leticia no respondió con palabras, se inclinó sobre él y posó sus labios sobre los del chef. Pretendía ser un beso suave, de aceptación, pero antes de que pudiera hacer nada se vio envuelta por los brazos de Max, quien profundizaba el beso, y ella se sintió hechizada, estúpida, perdida... medio enamorada.

Al cabo de unos momentos, sus pantalones yacían en torno a sus pies junto con el sujetador, las braguitas y la camiseta vieja que llevaba. En cambio, Max seguía con los pantalones en su sitio. Frodo los miraba con interés, por lo que se separó unos segundos de Max, cogió en brazos al perro y salió corriendo para encerrarlo en el baño.

—¿Dónde vas?

—Enseguida vuelvo.

Regresó con las mejillas arrojadas por la carrera y el interés que él ponía en su cuerpo.

Max contempló sus pechos con abierta admiración. Dio los dos pasos que los separaban y, con sus cuerpos pegados, le pasó las yemas de los dedos por la columna y le acarició el coxis. Leticia se estremeció y apretó la mejilla contra su pecho; después giró la cara y presionó los labios contra su cuello, entonces él se echó para atrás con brusquedad y soltó un quejumbroso lamento de impaciencia.

—¿El comedor o tu dormitorio? —preguntó a la espera de hacer su siguiente movimiento.

—¡Cama!

—Completamente de acuerdo. ¿Dónde?

Leticia le señaló el camino y él la tomó de la mano arrastrándola hasta la habitación que ella había señalado. Una vez allí la empujó hacia el colchón. Antes de que pudiera asimilar lo que sucedía, él se puso encima con la boca entre sus pechos. Ella le hundió los dedos en el pelo.

Su lengua recorrió su pecho hasta capturar un pezón entre los labios.

Ella aspiró profundamente y él jugueteó con la pequeña y túrgida protuberancia, respirando cada vez más superficialmente.

Leticia le clavó los dedos en la espalda y, por instinto, separó los muslos.

Max alzó la cabeza con una sonrisa maliciosa y Leticia tembló de anticipación mientras él se deslizaba dejando atrás un reguero de besos por su vientre y su pubis. Sintió la humedad de su lengua torturando su centro,

llevándola cada vez más lejos. Estaba a punto de explotar cuando él se apartó. Las protestas de Leticia le hicieron sonreír mientras le introducía un dedo y lo volvía a sacar.

—¿Te gusta?

—¡Oh!

—Lo tomaré como un sí —dijo, pero ella ya no le escuchaba perdida en su clímax.

Todavía no se había recuperado cuando Max la penetró con un gruñido. Leticia levantó las rodillas y arqueó la espalda para facilitarle el acceso. Él unió su boca a la de ella, la agarró por las caderas y se hundió más profundamente en ella. Acelerando el ritmo de cada embestida y llevándolos a ambos a una espiral de placer como nunca habían sentido.

—Tengo hambre —musitó Max cuando se medio recuperó—, ¿no había una pizza por ahí?

—Sí, pero no sé si quiero compartirla contigo.

Él no pareció ofenderse porque se rio y le dio un beso en la frente. Ya había llegado a entender ese humor tan característico de Leticia.

—¡Acostúmbrate! De ahora en adelante lo vas a tener que compartir todo conmigo porque no tengo intención de dejarte ir.

Ella se dio la vuelta en la cama para quedar cara a cara.

—¿Cocinarás para mí? —preguntó.

—¡Siempre!

Volvieron a besarse y la pizza quedó olvidada unos minutos más.

## Epílogo

Tener un novio que cocinaba de maravilla era algo que Leticia valoraba adecuadamente. Quizás por sus propias dificultades en la cocina o, tal vez, porque Max le había enseñado que la comida no era solo algo que había que ingerir para sobrevivir, sino que tenía otras utilidades más... interesantes.

—¿Por qué no pruebas las fresas? —le ofreció Max con una sonrisa pícaro.

—Sabes que prefiero la nata —contestó Leticia—. O la nata con fresas, como prefieras.

Él gruñó cariñosamente.

—La nata es un tópico y ya la hemos probado. Hoy estamos con las frutas —señaló.

Estaban comiendo a lo etrusco, tumbados en la cama, con las bandejas de fruta esparcidas por ella.

—¡De acuerdo! —aceptó, cerró los ojos y abrió la boca para que fuera él quien se la diera.

Max sonrió y se metió la fresa más jugosa en la boca, le dio un mordisco y se acercó hasta Leticia. Ella ya estaba dispuesta con los labios separados y los ojos cerrados, por lo que la besó introduciéndole el pedazo de fruta.

Ella rio y abrió los ojos.

—¡Está rica! —comentó después de masticarla y tragar.

—¿En serio?

—Sí. ¿No la has probado?

Max negó con la cabeza.

—¿Quieres un poco? —preguntó ella con una sonrisa provocativa.

—Quiero.

Leticia cogió una de la bandeja y se la acercó para que pudiera morderla.

Max gruñó.

—Te estás saltando las reglas —le recriminó muy serio.

—Las reglas son que no puedes comer nada que cojas con tus manos, no que yo no pueda darte nada con la mías.

—Las manos no valen, sean de quienes sean.

Leticia sonrió.

—¡De acuerdo! —concedió tumbándose en la cama.

Max la observó, pendiente de cada uno de sus movimientos. Ella seguía con la fresa entre sus dedos, entonces movió la mano hacia arriba y Max pensó que se la iba a tener que robar de la boca, pero en el último momento bajó el brazo y se detuvo en su ombligo, donde dejó la sabrosa fresa.

Entonces le miró desafiante.

Él le devolvió la mirada, pero la suya iba cargada de deseo.

—¡Me gusta tu estilo! —concedió.

—Eso pensaba.

La boca de Max capturó la fruta, lamiendo después el jugo que esta había dejado sobre la piel desnuda de Leticia.

Ella se arqueó para facilitarle el acceso y ni siquiera se inmutó cuando se escuchó el sonido de una bandeja al chocar con el suelo.

De hecho, ninguno de los dos volvió a pensar en ellas hasta un largo rato después... cuando ya no quedaba ninguna sobre la cama.

## Receta de Sushi para dos (estilo Maxwell)

### Ingredientes:

Arroz para sushi, 1 vaso grande

Agua, 1 vaso grande

Vinagre de arroz, 75 ml

Azúcar, 3 cucharadas

Sal, 1 cucharadita

Alga nori deshidratada, 2 láminas

Zanahoria, 1

Pepino,  $\frac{1}{2}$

Aguacate,  $\frac{1}{2}$

Salmón, 150 g

Wasabi

(\*) Siempre la misma medida en volumen de arroz que de agua.

### Procedimiento:

El primer paso es lavar el arroz a conciencia bajo un chorro de agua fría. (Consejo: si eres tan manazas como alguna de mis alumnas, lo mejor es que pongas el arroz en un colador y lo enjuagues ahí).

El segundo paso es cocerlo. Para ello colocamos una cacerola con tapa sobre el fuego apagado, echamos el arroz previamente lavado y escurrido (por eso os dije lo del colador), y la misma medida de agua que usamos para medir el arroz antes de lavarlo. Tapamos la olla y encendemos el fuego a la máxima temperatura hasta que rompa a hervir.

Una vez en ebullición bajamos el fuego al mínimo. Dejamos el arroz durante diez minutos y, pasado ese tiempo, lo apartamos del calor y lo reservamos.

Mientras se está cociendo el arroz, preparamos el condimento: calentamos el vinagre veinte segundos en el microondas y disolvemos bien el azúcar y la sal (lo mejor es usar un recipiente grande para poder disolverlo sin problemas).

Cuando esté listo el arroz lo extendemos sobre una tabla, echamos el condimento por encima y mezclamos bien, preferiblemente con un tenedor de madera (no hay que usar nada metálico después de añadir el vinagre)

El siguiente paso es enfriarlo, y para eso vamos pasando los dientes del tenedor entre el arroz como si fuera un rastrillo mientras lo vamos abanicando para que se ponga a temperatura ambiente en el menor tiempo posible.

Preparamos las verduras lavándolas y cortándolas en bastones (¡cuidado de no rebanarnos un dedo!). Haremos lo propio con el pescado asegurándonos de que no queden espinas, y lo cortaremos en tiras para los *makis* y en pequeños filetes para los *nigiris*.

Para hacer los *makis*, forramos una esterilla de bambú (*makisu*) con un trozo de papel transparente. Colocamos nuestra lámina de alga nori sobre el papel, nos mojamos las manos para que no se nos quede pegado el arroz, cogemos una bola y la vamos extendiendo sobre el alga.

Posteriormente colocamos los bastones de verduras.

Cuando tengamos el rollo listo, lo cortaremos sin dificultad con un cuchillo muy bien afilado (de nuevo cuidado con los dedos) y con la hoja humedecida en agua.

Para hacer los *nigiris*, debemos mojarnos de nuevo las manos e ir formando bolitas de arroz a las que les pondremos una pizca de *wasabi* y sobre ella un filete de pescado. Como presentación lo serviremos con un cuenco de salsa de soja japonesa.

Prueba todos los sabores de la minicolección **Recetas para subir la temperatura:**

ERIKA FIORUCCI, *Al plato vendrás, almeja*

IRENE MENDOZA, *Con mucho amor y mucho limón*

MAYTE ESTEBAN, *Comer y amar, todo es empezar*

CLAUDIA VELASCO, *De postre, tú*

MARISA SICILIA, *Dulce y picante... como tú*

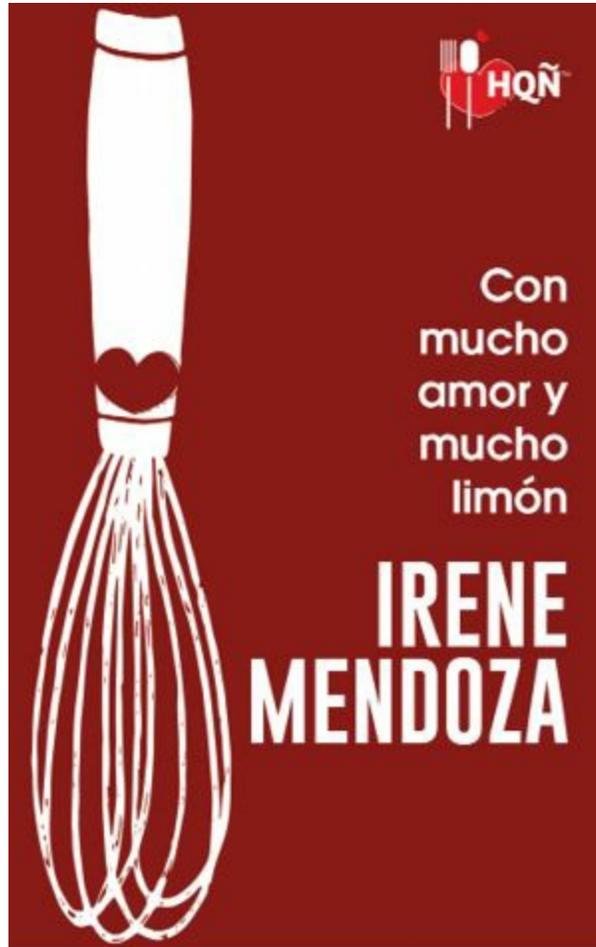
CARLA CRESPO, *Con sabor a beso*

MEG FERRERO, *Las manos van al pan*

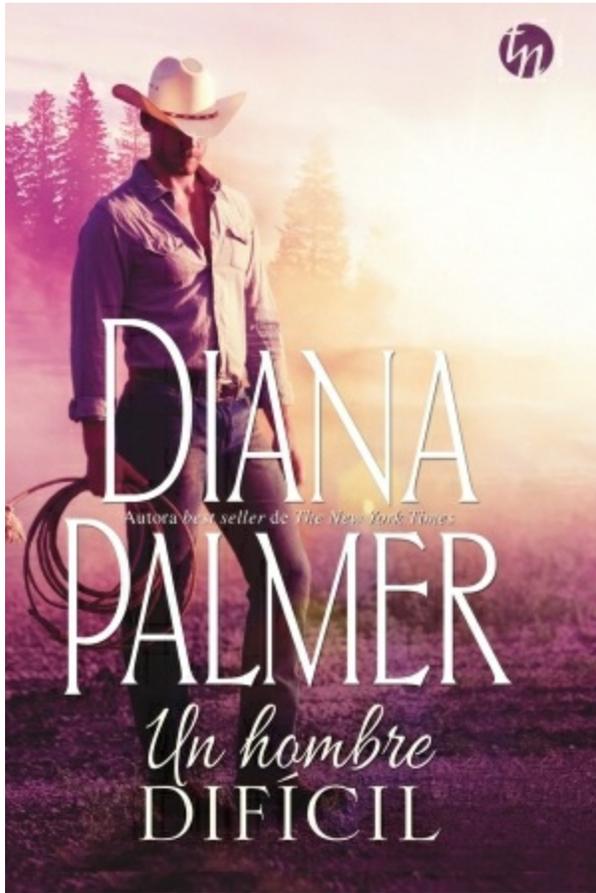
MIMMI KASS, *Refréscame*

OLGA SALAR, *Sushi para dos*

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.



[www.harpercollinsiberica.com](http://www.harpercollinsiberica.com)



# Un hombre difícil

Palmer, Diana

9788413075334

288 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Blair Coleman era un millonario que siempre había cuidado de su negocio, el petróleo. Después de que la mujer de quien se creía enamorado lo utilizara y se librara de él, su vida personal dejó de ser una prioridad. Además, solo había una persona que lo quisiera de verdad, pero la irresistible belleza rubia tenía un problema: era la hija de su mejor amigo. Niki Ashton había sido testigo de la desgracia amorosa y de la lucha del amigo de su padre. Blair era el hombre más fuerte y obstinado que había conocido nunca. Su gran corazón y su carácter apasionado lo habían convertido en el hombre de sus sueños; pero, cada vez que surgía la posibilidad de mantener una relación íntima, él se alejaba de ella. Los celos de Blair solo flaquearon cuando se vio enfrentado a una posible tragedia. Ahora, era todo o nada: matrimonio, hijos, familia... Pero, ¿sería demasiado para Niki? ¿Llegaba demasiado tarde?"Diana Palmer es una de esas autoras cuyos libros son siempre entretenidos. Sobresale en romanticismo, suspense y argumento".The Romance Reader"Diana Palmer es una hábil narradora de historias que capta la esencia de lo que una novela romántica debe ser".Aff aire de Coeur

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Donna Sterling

**Sola con  
un extraño**

e<sup>lit</sup>



# Sola con un extraño

Sterling, Donna

9788413077123

224 Páginas

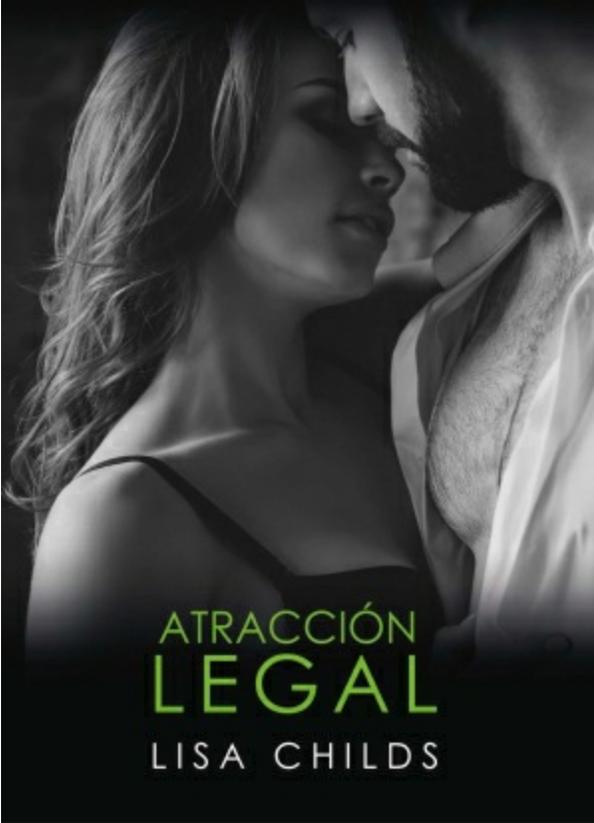
[Cómpralo y empieza a leer](#)

Jennifer se estaba saltando todos sus principios. No podía acostarse con Trev Montgomery. Pero era tan guapo y atractivo... y había sido su marido durante un breve y maravilloso momento siete años atrás, así que trató de convencerse de que no ocurriría nada por pasar una última noche juntos. Trev la habría reconocido en cualquier lugar del mundo. Aquella mujer era Diana... ¡su mujer! Solo que decía llamarse Jennifer... y aseguraba que era una prostituta. No tenía otra opción que pagarle para comprobarlo. ¿Pero qué haría si se confirmaban sus sospechas?

[Cómpralo y empieza a leer](#)

HARLEQUIN

INTENSE



ATRACCIÓN  
LEGAL  
LISA CHILDS

# Atracción legal

Childs, Lisa

9788413075150

224 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Ronan Hall, un abogado de divorcios increíblemente atractivo, arruinó la reputación de Muriel Sanz para conseguir un acuerdo más sustancioso para su ex. Ella, en venganza, quiso destruir su carrera. Tendrían que haberse odiado, pero no podían dejar de tocarse ni de besarse. Si no se destrozaban en los tribunales, era posible que lo hicieran en el dormitorio...

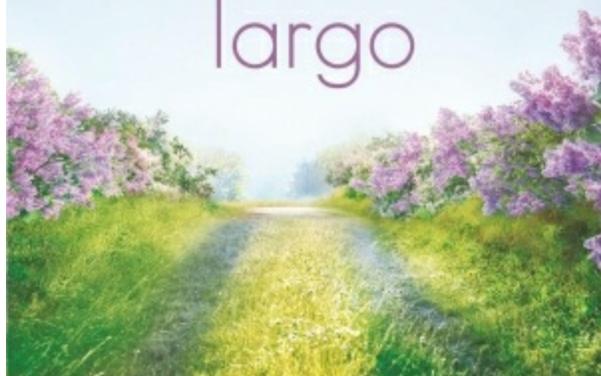
[Cómpralo y empieza a leer](#)

HQN™

*Autora best seller de The New York Times*

# SHERRYL WOODS

el viaje  
más  
largo



# El viaje más largo

Woods, Sherryl

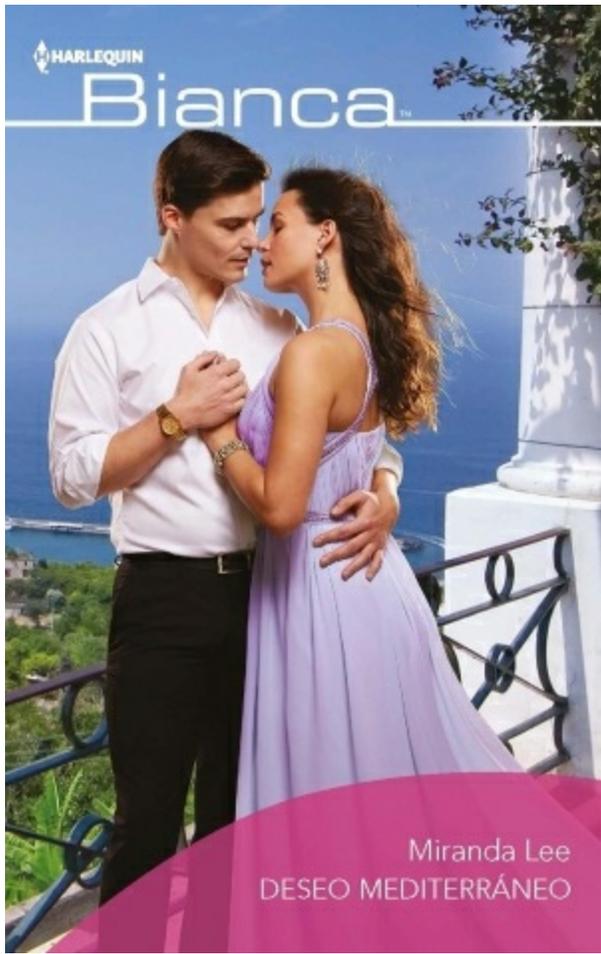
9788413075235

368 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Después de quedarse viuda, Kiera Malone tuvo que luchar para criar a sus hijos en un pueblo de Irlanda. Y justo cuando había vuelto a enamorarse, su prometido tuvo un ataque al corazón y murió, y ella volvió a quedarse sola. La pérdida de su amor la dejó hundida. Su hija y su padre la convencieron para que fuera a visitarlos a Estados Unidos. Y, con la promesa de tener un trabajo en O'Brien's, el pub irlandés de su yerno, decidió aceptar. Sin embargo, resultó que atravesar el océano no fue nada comparado con instalarse al lado de Bryan Laramie, el malhumorado chef de O'Brien's. Muy pronto, sus peleas en la cocina se hicieron legendarias, y los casamenteros de Chesapeake Shores llegaron a la conclusión de que, donde había fuego, también tenía que haber pasión.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Miranda Lee  
DESEO MEDITERRÁNEO

# Deseo mediterráneo

Lee, Miranda

9788413074993

160 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Una lujosa casa en la isla de Capri iba a ser la última adquisición del playboy Leonardo Fabrizzi, hasta que descubrió que la había heredado Veronica Hanson, la única mujer capaz de resistirse a sus encantos y a la que Leonardo estaba decidido a tentar hasta que se rindiese. La sedujo hábil y lentamente. La química que había entre ambos era espectacular, pero también lo fueron las consecuencias: ¡Veronica se había quedado embarazada!

[Cómpralo y empieza a leer](#)